

La visita del Papa

ALGUNOS INTERROGANTES

Luis Ugalde

VENEZUELA, ¿UN PAÍS SIN ROSTRO PROPIO?

Cada país recibe al Papa en una circunstancia político-social concreta y este hecho determina en buena parte el significado y los efectos de su visita. Argentina durante la guerra de las Malvinas, Nicaragua en revolución y amenazada por el cerco y las armas americanas, España estrenando gobierno "socialista", Polonia con "Solidarnosc" reprimido... ¿Cuál es la Venezuela que visita Juan Pablo II? ¿En qué momento se hallan su pueblo, su Iglesia y sus dirigentes?

Decir que visita un país en crisis no significa nada. ¿Pues qué país latinoamericano no está en crisis? ¿No lo están más Ecuador y Perú? ¿O será que nuestro país no tiene perfil propio, ni urgencia ninguna, de modo que la visita del Papa la podamos plantear de manera aséptica: el Sucesor de Pedro que visita a una comunidad de creyentes lejanos? A veces al mirar la vacía "neutralidad" de algunos mensajes que anuncian la visita uno tiene esa impresión. Mientras que quien conoce al Papa y sus concretos mensajes a los pueblos que visita no puede creer que Venezuela vaya a ser una excepción. ¿A quién y a qué va a interpelar el Papa?

POR FALTA DE FE ESPERAMOS MILAGROS

La visita del Papa es pastoral. Cierzo. Pero a un país de mayoría cristiana en diverso grado de referencia y de pertenencia. Viene a un país en profunda crisis no sólo económica, sino crisis de fe en sí misma. Porque implícitamente hay una resignación. No se quiere hacer el esfuerzo requerido. Se espera el mila-

gro pues no creemos en nuestras propias capacidades. Me parece que esta falta de hombres con fe y propuestas de futuro es nueva en la Venezuela del siglo XX. Gómez miró al futuro y con él se acabó la anarquía estéril de los caudillos pasados. Nacieron nuevas realidades. Cumplida esta tarea, quedaba al descubierto su brutal represión. Pero en la hora dura de su ocaso surge una generación con enorme fe en sus posibilidades renovadoras y en las alternativas que se quieren para el país. En la última década de Gómez, en la resistencia perseguida hay fe como para dar la vida por los hermanos y en la década siguiente hay vida creadora como para echar a andar partidos, sindicatos, ligas agrarias, organizaciones empresariales, e iniciativas preñadas de la Venezuela moderna. No es sólo el petróleo lo que nos moderniza. Es también la fe en la capacidad de llegar a ser distintos como país: no al imperialismo, no al feudalismo, no a la dictadura... son otros tantos sí creadores de futuro.

Como siempre la criatura que paren los movimientos históricos es distinta a la soñada por sus creadores. Pero sin esperanza no hay nueva vida y sólo los que creen en lo que no se ve son capaces de crear. Aunque después siempre sea un poco verdad aquella frase del Libertador "he arado en el mar". La historia siempre nos engaña prometiéndolo todo para que siquiera obtengamos algo. Sin esa promesa engañosa no haríamos nada.

La Generación del 28 que hoy arriba a los 80 años dio de sí. Con su vida física se acaba su fe: sus ideales son eternos, pero sus objetivos políticos intransferibles. Se agotan.

A veces se quiere ignorar la presencia de la década perezjimenista incrustada en el proceso acelerado de modernización que ha vivido la Venezuela contemporánea. El país ya ha probado la propuesta de desarrollo económico-social sin partidos políticos, sin desarrollo político, al estilo del despotismo ilustrado. Dicho modelo necesariamente va acompañado de represión dictatorial.

De manera recurrente —entre susurros y camuflajes— cada vez que hay crisis se nos invita a buscar el milagro con un salvador dictatorial y con un modelo, impreciso pero cierto, de desarrollo sin partidos, con todos aquellos que

no han protagonizado la crisis cocinada a fuego lento en los últimos 25 años. Según estos la salida estaría en los que no participamos en la crisis: los militares porque no hemos tenido régimen militar, la nueva generación porque eran demasiado niños para poder ser cómplices, el dinámico empresario porque el Estado y la partidocracia le han impedido poner al servicio del país toda su potencialidad creadora. Afortunadamente en Venezuela, al menos en la Venezuela de las "élites", todos nos conocemos y nadie engaña a nadie. Todos sabemos que la actual crisis no es de los partidos y del Estado salvándose los "otros", sino que es de los militares, de los empresarios de capitalismo de Estado (y no hay ninguno de los grandes que no lo sea), de la partidocracia y de la "generación de relevo", en la medida en que de "nueva" sólo tenga la edad.

Quiérase o no, esta crisis es del empresariado venezolano y su manera de enriquecerse y de dirigir los negocios públicos y privados por sí mismos o por mediación de los partidos. El Estado venezolano en los últimos 25 años es Estado principalmente de los empresarios. La crisis actual es de modo de apropiación del ingreso petrolero y de su función en el proceso productivo. Las escasas áreas donde la izquierda antisistema fue sistema, como la mayoría de las universidades, son una prueba patente de que eran hijos de la misma abundancia improductiva.

No es sólo la Generación del 28 o las élites que han gobernado y conducido la modernización de Venezuela en los últimos 40 años las que hoy no suscitan una fe capaz de mover los resortes para el urgente cambio que necesitamos, sino que la alternativa antisistema ha hecho crisis porque tal vez —y más allá de las afirmaciones teóricas— en la práctica se entendía como alternativa político-partidista y no como alternativa a un modo de hacer y de entender la economía, la sociedad y en definitiva la identidad nacional. Nos referimos al marxismo. Al marxismo como "el saber", como "la ciencia" (así, en singular) y al marxismo como motor de una alternativa global, como sistema político.

No es el lugar de analizar el por qué de esa crisis que tiene su proceso

nacional pero que va (y viene de) más allá de nuestras fronteras. Es claro que la crisis es profunda. Y con un agravante: no es una ciencia la que es sustituida por otras visiones más científicas y actualizadas. Esto siempre es saludable. En la práctica es una fe que muere. Una fe que en Venezuela produjo héroes, mártires y alimentó de idealismo a toda una generación. Me temo que demasiados de los que perdieron esa fe pasen al ejército de los cínicos y de los oportunistas. Me temo también que ese vacío de idealismo que ha dejado el marxismo en la juventud de hoy, no lo llene nadie...

Finalmente esa crisis de las élites y de sus alternativas tiene una característica que hace que caigan en el vacío los diagnósticos y las propuestas de salida. Una clase social sólo está madura para conducir el país y para que éste lo siga cuando es realmente capaz de hacer suyos los intereses del conjunto (conductor del bien común) al mismo tiempo que impone al conjunto sus intereses particulares (clase dominante). El liderazgo burgués naturalmente responde a sus intereses pero solamente se consolida y encuentra resonancia cuando gobierna a la totalidad y tomando en serio las necesidades de la mayoría.

Lo mismo se diga de las otras élites. Pero cuando uno oye hablar a dirigentes de Fedecámaras de la actual crisis o de la deuda externa, comprende cuán lejos están estos dirigentes de la madurez incluso como representantes de su propia clase.

Esta crisis subjetiva de desaliento y falta de capacidad y fe para la conducción del país ahora tiene la ventaja de que se asienta sobre la crisis objetiva. Antes, a pesar del pésimo liderazgo político y económico y a pesar de la corrupción, el país marchaba por inercia. Ahora la crisis es tal que necesariamente requiere liderazgo con fe y capacidad. Las crisis producen hombres e ideas nuevas o hunden a los países por siglos. La historia está a la vista.

Se acabó una forma de entender y de ser político, empresario, universitario... y por qué no, también se acabó una forma de ser cristiano: renueva tu fe.

Y en este momento nos visita el Papa. Y estamos en Misión Nacional.

Ahora necesitamos un cambio cualitativo profundo sin reemplazar el sistema democrático por otro de promesas redentoras cuyo fracaso, baño de sangre y corrupción inepta está a la vista desde Brasil hasta Chile pasando por Argentina y Uruguay. Cambiar y cambiar

a fondo sin cambio de sistema político y de Constitución (sino tomándola en serio para hacerla realidad) sin reemplazo de las élites, es convertirse. Lo otro, la ilusión de salvar el país matando el proceso democrático es creer en milagros por falta de fe en las propias capacidades. Cambio y conversión en las élites que sí pueden darse obligadas por la necesidad. Y por una nueva manera de asumir su relación con las mayorías populares y de potenciar el papel activo de éstas. Pero por desgracia en las crisis las élites se sienten desbordadas e inseguras y no se les ocurre otra alternativa que aceitar y perfeccionar la represión. Lo estamos viendo estos mismos días. Podríamos señalar bastantes ejemplos de represión obrera ilegal y de control dictatorial de los medios de comunicación. Cuando la democracia adopta políticas y métodos dictatoriales empieza su funeral, pues todos prefieren el original a una mala imitación. Conversión es lo que necesitan las élites ante la visita del Papa.

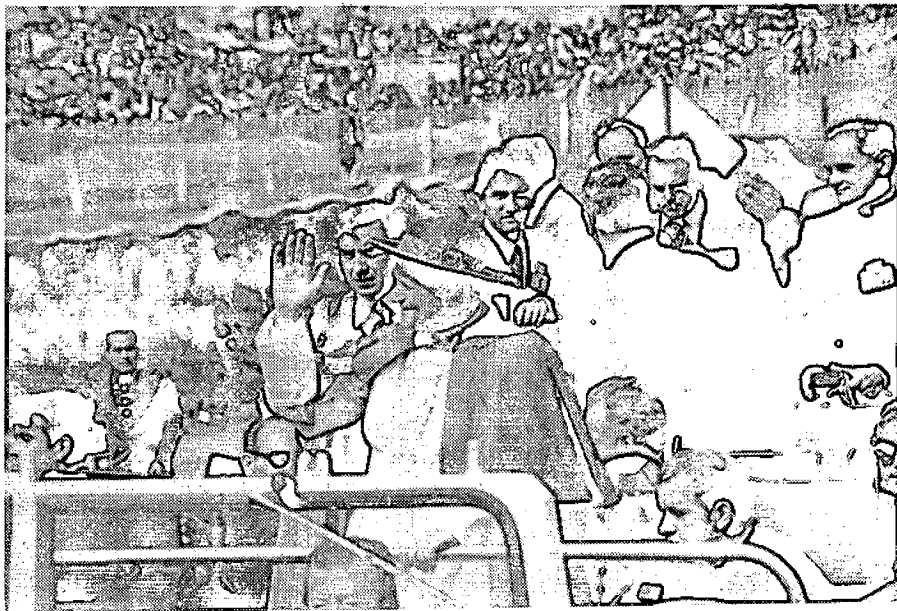
IGLESIA: ¿EL COMIENZO DE LA POST-CONVALECENCIA?

También las élites eclesásticas somos protagonistas de esta crisis. El "Modus vivendi" tan justamente deseado y tan jubilosamente alcanzado, aumentó la tentación de hacernos del tamaño de nosotros mismos cuando si para algo sirve la sal evangélica que llevamos es para tratar de ser desmesurados como el Reino de Dios y tan molestos como Jesús en su humildad. Algo tiene que ver con esto la frase que el Papa hace pocos me-

ses dijo a las élites religiosas católicas de Venezuela en las personas de nuestros obispos: "Es por tanto imprescindible que la Iglesia, desde una posición de pobreza y libertad respecto a los poderes de este mundo, anuncie con valentía la verdad de Jesucristo, firmemente vencida de la fuerza transformadora del mensaje cristiano que, con la fuerza del Espíritu de Dios, es capaz de transformar moralmente los corazones camino para renovar las estructuras" (Alocución de Juan Pablo II a los obispos venezolanos en la visita "ad limina" de 1984). "Desde una posición de pobreza y libertad respecto a los poderes de este mundo". No lo olvidemos: son estos poderes, en cuanto mundanos, los que logran que la sal se vuelva insípida.

La dura frase de Juan Germán Roscio a este respecto puede servirnos de alerta, sin afirmar de ninguna manera que estemos —ni de lejos— en los tiempos de corrupción eclesástica que él señala en determinados momentos de la Iglesia constantiniana: "Frustrados sus tiros por esta vía sanguinaria (la persecución del Imperio romano contra los cristianos) desistieron de ella y entraron en otra más favorable a su tiranía. Intentaron entonces (los poderes de este mundo) corromper al cristianismo, introduciendo riquezas en la Iglesia (...) concedían franquezas y privilegios a las iglesias y eclesásticos, halagaban con señoríaos seculares a los primeros prelados y pusieron en movimiento otros resortes halagüeños para ganar la voluntad y correspondencia de sus beneficiados. En cambio de todas estas libertades nada

Primer viaje a América Latina: México 1979.





Siervo de los siervos de Dios

más esperaban que sostener y fomentar su despotismo por medio de los eclesiásticos..." (Juan Germán Roscio. El Triunfo de la libertad sobre el despotismo).

Ciertamente estamos lejos de esta situación pero no está de más la advertencia papal a fin de que distingamos el servicio evangélico que se nos pide a los eclesiásticos de la carrera de ascenso social y no confundamos la conversión social a Dios con los honores que los poderosos de este mundo están dispuestos a conceder a la institución eclesiástica a cambio de su bendición legitimadora.

La visita del Santo Padre no puede ser para la Iglesia un episodio intrascendente: pompas de jabón que se esfuman con la primera brisa cotidiana. Con la Misión Nacional han surgido indicios de que puede no ser así.

En Venezuela la religiosidad popular, con variantes según el grado y modo de evangelización, ha sido el sustrato permanente que en siglo y medio de historia ha presenciado —y también padecido?— el enfrentamiento y divorcio entre las élites políticas y las élites religiosas, entre la vida civil por un lado y la vida eclesial y eclesiástica por otro. Sin que a ninguno de los dos le haya ido demasiado bien en este enfrentamiento. La Iglesia quedó desmantelada y en total penuria. Pero el problema no es saber cómo les fue a las élites sino a aquellos a quienes deben servir éstas...

Después, sobre todo desde comienzos de este siglo, vino la lenta pero constante convalecencia, la reconstitución de la organización eclesial. Y también poco a poco el reconocimiento de los liberales positivistas de que la religión ayuda a

mantener el orden y la moralidad de los pueblos (véase Laureano Vallenilla Lanz, por ejemplo) no exento de la repentina "conversión" de algunos "comecuras" que descubrieron como importante el potencial legitimador de la Iglesia de un orden social que violenta a la mayoría. Frente a esta utilización ideológica de la Iglesia por parte del poder nos pone en guardia el Papa: al decir a los obispos que debemos evangelizar "desde una posición de pobreza y libertad con respecto a los poderes de este mundo". Pero más allá de eso, creo que se ha ido dando entre la sociedad liberal y la Iglesia (que se anatematizaron mutuamente) un reconocimiento honesto del valor específico de cada uno. No me refiero al sistema económico capitalista, sino a la mentalidad liberal, democrática, de los honestos "librepensadores" y luchadores por los derechos del pueblo: ese híbrido de cabeza liberal y sentimiento socialista que está en el origen de lo mejor de nuestra modernización.

El "Modus vivendi" firmado en 1964 es algo más que un documento jurídico-diplomático, es un estado de ánimo entre la Iglesia en Venezuela y la República en la que las partes se respetan, ayudan y hasta se quieren pero en un marco de separación. Dos áreas sin mutua crítica y fecundación: La Iglesia bien tratada pero en la sacristía.

La Iglesia ha vivido una larga convalecencia. Todavía en la década de los setenta —siempre ante el fantasma de un conflicto posible con el Estado— se decía para legitimar ausencias, silencios y simulaciones que eramos una iglesia "convaleciente". Una Iglesia en la que en momentos pareciera hacer ley de vida la tibieza y la mediocridad poniéndola en guardia contra todo vigor con aristas porque honestamente se cree que no somos capaces de más o porque se piensa que ser más radicalmente evangélicos lleva inevitablemente al fin del "Modus vivendi".

La verdad es que, con todas sus limitaciones, una Iglesia así (y como transición) me parece mejor que una Iglesia que pretenda hacer una sociedad de hegemonía clerical. No se trata pues de proponer que después de la visita del Papa, e insuflados del arrollador viento de la emoción de las masas desbordadas, se lance la Iglesia a aprovecharse de la crisis y desorientación del país para resucitar un liderazgo clerical. Esto sería fatal. En los dirigentes de nuestra Iglesia hay un sabio sexto sentido que los libra de esta tentación.

Pero sí se trata de darnos de alta de esta larga convalecencia y ofrecer, sin partidismos ni sectarismos, una inspiración evangélica amplia y desclericalizada a todos los venezolanos.

Es dejar a un lado los cálculos políticos y poner al servicio de todo el país lo que tenemos y tanta falta le hace a Venezuela: la fe trascendente en el hombre, esa fe que se resiste a toda instrumentalización y comercialización del hombre. No todo es compraventa. No todo es utilitario. Quien desde la fe en Cristo cree radicalmente en el hombre, cree en todo hombre, pero sobre todo cree en el hombre que ha sido negado y destruido, en el "pobre". Esa fe capaz de renovar personas y estructuras sociales. La Iglesia en Venezuela necesita su propio proyecto histórico para los próximos años. Y tiene posibilidades de hacerlo si vence el miedo y la inercia.

No somos guardianes del templo, ni compasivos bienhechores de quienes extienden la mano pidiendo limosna. El Papa a los obispos venezolanos en la alocución antes citada les recuerda aquel pasaje de los Hechos de los Apóstoles donde Pedro no da limosna al mendigo sino que lo invita a levantarse: "plata y oro no tengo, lo que tengo te lo doy, en nombre de Jesús Mesías, el Nazareno, echa a andar" (Act 3,4-6). En nombre de Jesús el Nazareno hay que desparalizar el país, hay que desatar la honradez y la fe en nosotros mismos y en la convivencia de hermanos que Dios quiere.

Pero para ello los primeros en echar a andar no como convalecientes sino con vigor y convicción somos los propios católicos. Hay dos cosas que nos paralizan (además de lo que nos pueda atar el oro y la plata): 1) la profunda inseguridad en nosotros mismos después de tan larga convalecencia y de períodos de absoluta debilidad; y 2) la mutua desconfianza que nos lleva contar como enemigos a los amigos, y una desconfianza discreta pero profunda y persistente en el laico ("laos" = pueblo), en el pueblo de Dios.

No pocos eclesiásticos han mostrado su sorpresa ante la masiva respuesta de los laicos a la invitación hecha por la Misión Nacional para convertirse en evangelizadores: Levántate, camina, y evangeliza. Y el milagro se ha dado. En pequeño, pero realmente. Sólo que, si después de la visita es sustituido este acto de fe por la rutina y el miedo, nuestro laicado volverá a mendigar a la puerta de la Iglesia.

Esta es la sana desclericalización

que nos pide el Concilio Vaticano II. Nuestros laicos se han levantado y han echado a andar. Si desatamos a los laicos y soltamos el Evangelio no sólo va a caminar la Iglesia sino que va a ayudar de manera muy significativa al país a la renovación de la fe y de la creatividad tan menguadas en esta hora. Quisiera recordar, en apoyo de esta invitación, al laicado lo que recientemente decía Juan Pablo II al pedir una nueva visión de la Iglesia con comunidades vivas: "Me parece que debe profundizarse la importancia eclesial de los laicos, los cuales, en cuanto piedras vivas de la Iglesia, no son sólo objeto de sus cuidados pastorales, sino que son sujetos, por medio de los cuales actúa la misma fuerza salvífica y la misma esperanza mesiánica del Señor resucitado. También los laicos, pues, edifican la Iglesia y contribuyen con su servicio histórico al reino de Dios" (Alocución al Congreso "Comunidad Cristiana y Asociaciones de Laicos", 3 de agosto de 1984).

La Misión —independientemente de otros frutos que todavía hay que esperar— ha tenido el enorme acierto de la convocatoria al Pueblo de Dios: El paso de la masa desorganizada receptora de servicios religiosos a pueblo organizado en comunidades evangelizadoras.

LA CULTURA DEL TRABAJO Y EL TRABAJO DE LA CULTURA

La visita del Papa debe significar el paso a una nueva relación entre la Iglesia (pueblo de Dios creyente) y la sociedad. Y una nueva relación intraeclesial: entre el clero diocesano y los religiosos y la comunidad-pueblo de Dios en la que se insertan como servidores, pero sin suplantarlos ni ahogar el Espíritu activo en ellos.

Hay dos aspectos particulares que me parecen de especial importancia y como termómetro de medición del grado en que la Iglesia cree más en la presencia del Espíritu que en cálculos timoratos meramente humanos. Me refiero a la presencia creativa en el mundo intelectual. Y la pérdida del complejo ante la racionalidad moderna y que al mismo tiempo supone la superación de esa racionalidad como negación deshumanizadora de la liberación integral del hombre. Hoy por hoy nuestra Iglesia carece de intelectuales católicos actualizados con el espíritu del Concilio, de Medellín y de Puebla y que, abiertos al futuro, hagan un aporte cristiano al país. Por otro lado es la presencia en el mundo obrero. Otro gran complejo de la Iglesia

(que tal vez sólo en Polonia por razones históricas especiales se ha superado) es su incapacidad para asumir el mundo obrero con toda su especificidad. Cada vez que en Venezuela se inicia un movimiento obrero con sentido eclesial y plenamente obrero termina abortando por malentendidos, miedos y conflictos.

Por supuesto, presencia en el mundo obrero y en el mundo intelectual no pueden ser dos presencias paralelas, sino una sola: la historia de hoy donde la racionalidad científica debe hacerse humana aportando los instrumentos para que la aspiración a la liberación de las mayorías trabajadoras y desempleadas sea una realidad. Una Iglesia que se considera convaleciente no desea ni se atreve a fomentar su diálogo y presencia entre el proletariado y en el mundo de la ciencia y la cultura. Es demasiado para un convaleciente. Pero una Iglesia que se da de alta sí puede y debe.

RECIBIR LA VISITA ES CONVERTIRSE

Juan Pablo II visita a un país en crisis con un pueblo duramente golpeado por una pérdida constante del poder adquisitivo de su salario que en pocos años se ha reducido a menos de la mitad, con un desempleo creciente que ha superado el 15 por ciento. Factores que combinados añaden hambre y miseria a cientos de miles de familias venezolanas. Todo esto recae sobre una estructura social enferma donde el 60 por ciento tiene permanentemente un nivel de educación, vivienda, alimentación, servicios de salud... por debajo de lo que se considera mínimo necesario. En menos de un año se ha gastado la última esperanza electoral multitudinaria. No se trata de buscar otro equipo conductor (partido o extrapartido) sino de superarnos colectivamente como para dar de nosotros mis-

mos: levántate y anda.

Ese y no otro es el significado trascendente de la visita papal: En nombre de Jesús de Nazaret: levántate y anda.

Se ha notado en estos meses de preparación un empeño en Fedecámaras y en ciertos sectores empresariales por sumarse a la visita papal (¿o agregar al Papa a sus haberes y poderes?). Los partidos han sido más discretos en esto. No seré yo quien diga que está mal que los empresarios reciban al Papa. La visita del Papa trae la buena nueva para todos.

Pero ese encuentro con el Papa ha de ser de conversión, de lo contrario es un acto hipócrita de poder. ¡Y qué bien haría al país una conversión del empresariado, del sindicalismo, de la política! No me refiero a la conversión personal que todos necesitamos, sino a la conversión de las élites y su acción decisiva en las instituciones. Nuestros empresarios quieren un encuentro con el Papa. Bien está. Pero este encuentro no será verdadero ni salvador si no es como el de Zaqueo con Jesús: "Mira, la mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres, y si a alguien le he sacado dinero se lo restituiré cuatro veces. Jesús le contestó: Hoy ha llegado la salvación a esta casa; pues también él es hijo de Abrahán. Porque éste Hombre ha venido a buscar lo que estaba perdido y a salvarlo" (Lucas 19,8-10). Entonces nuestros ricos habrán recibido de veras al Papa. Pero no sólo ellos, sino también las élites políticas, sindicales, culturales y eclesiásticas. ¿También eclesiásticas? Sí, porque nosotros debemos restituir al pueblo lo que le hemos robado: su lugar primero en el Reino de Dios y su papel activo y central en la comunidad cristiana. ¿Será posible tanto milagro? "Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios" (Lucas 18,27).

En el Vaticano, el primer saludo de un nuevo Papa

